

virle para levantar el Ejército de Oriente en los Estados de su mando, á los cuales se dirigió atravesando por las afueras de la Capital de la República, ocupada por los franceses y seguido á distancia por los jefes reaccionarios Vicario y Visoso, habiendo hecho además una valiente demostración al General Valdez quien se retiró prudentemente sin combatir al Jefe republicano. Atravesó el Estado de Guerrero y llegó á Oaxaca, en cuya capital recibió el 14 de Octubre de 1863, el nombramiento de General de División, grado militar el más elevado en el Ejército mexicano. Las poblaciones todas salían á su encuentro, llenas de regocijo, porque no podían olvidar á su Jefe más querido, aquel que siempre les había conducido á la victoria.

* * *

Con motivo de la ocupación de México por los franceses, el partido reaccionario se adueñó de la situación política, donde quiera que los invasores dominaban; por consiguiente fué nombrado un triunvirato, que debía, en unión de la Asamblea de notables, elegir la forma de Gobierno que más conviniera al país. Todas estas disposiciones fueron consideradas en la mayoría de la nación, como una farsa dirigida por Forey y por el célebre Saligny, de la cual surgió por mandato de Napoleón III, la combinación de aceptar una monarquía moderada hereditaria, inaugurada con el Emperador Maximiliano de Austria. La Nación, es decir, la parte de ella agrupada al rededor de los patriotas, quienes nunca pudieron avenirse con la intervención extranjera, y á la cual siempre rechazaron, recibió con marcadas demostraciones de repulsión, la nueva situación creada en la Capital, y se preparó con más brío á combatirla hasta triunfar ó morir por sus ideales, que vinculaban en la causa republicana y en sus instituciones, tan arraigadas en el país desde su emancipación política.

Los franceses contaban con 35,000 hombres aguerridos, y

acostumbrados á la vida militar, y además con 13,000 al mando de Márquez y de Vicario, fuerza muy superior á la que comenzaban á organizar los Generales Díaz, González Ortega, Corona, Uruga, Negrete, Berriozábal Arteaga y otros Jefes, sin mencionar las guerrillas que acosaban continuamente al enemigo sin presentar batalla. Además, las tropas mexicanas, excepto determinados batallones, se componían de soldados bisoños, quienes con dificultad podrían medir sus armas con los veteranos franceses, aunque su valor fuera superior como alentado por el patriotismo; por tal motivo, no parecía prudente aventurarse en una ó más batallas campales, pero se procuraba molestar y distraer al enemigo, aprovechándose de las circunstancias para batirlo en detall, y con éxito.

Repetimos en este lugar, que no es nuestro intento escribir la historia de la intervención y el Imperio, bastando á nuestro propósito los anteriores apuntamientos para dar una ligera idea del estado de la situación del país, en los momentos en que el General Díaz, como Jefe del ejército de Oriente arribaba á Oaxaca para continuar la comenzada lucha por la patria.

Los triunfos obtenidos por el Imperio sobre los defensores de nuestra nacionalidad, obsesionaron al infortunado Maximiliano, haciéndole suponer que su gobierno se hallaba definitivamente consolidado; bajo esta impresión expidió el nefando decreto del 3 de Octubre, que debía costar la vida á tantos patriotas, entre ellos á los Generales Arteaga y Salazar; pero aquel efímero gobierno había incurrido en un lamentable error que debía serle fatal por sus desastrosas consecuencias. En efecto, el espíritu nacional se resintió hondamente, porque el decreto expresado consideraba á los defensores de la patria como salteadores de caminos y les daba el calificativo de bandidos; por consiguiente, los resultados no se hicieron esperar en los campos de batalla. El General García derrotó una fuerte columna de franceses en la costa de Veracruz, en cuyo de-

sastre pereció su jefe y varios oficiales. El General Salinas, subordinado entonces del General Díaz, sostuvo el honor nacional en Chiapas, el Coronel Méndez consiguió una victoria decisiva en la Chontalpa contra los franceses é imperialistas. Tabasco cayó en poder de las tropas nacionales auxiliadas por las que envió el General Díaz desde Oaxaca, como General en Jefe del Ejército de Oriente, quien obtuvo por sí mismo sucesivos triunfos, tomando al enemigo las poblaciones de Huajuapán, Teotitlán y Soyaltepec, pero estos éxitos preocuparon de tal manera á los invasores, que ordenaron al General Brincourt, saliera con una fuerte división en unión de los Coronel Urban y Giraud á batir al General Díaz.

Este Jefe creyó prudente abandonar las dos primeras poblaciones, aunque en su retirada volvió violentamente sobre el enemigo á quien atacó en Nahuatipan, sorprendiéndole un convoy y quitándole todo el tren que conducía, arrojó á la fuerza derrotada hacia dicha población, en donde era seguro que habría perecido toda ella, porque con los cañones que acababa de arrebatárles los batió con tal brío que ya la fuerza asediada pretendía rendírsele, cuando les llegó en auxilio una fuerza de consideración. Estos reveses retardaron más de cuatro meses las operaciones militares contra el General Díaz, cuyos triunfos contrariaban de una manera ostensible á los franceses, quienes se preparaban, con todo el poder militar de que disponían, á fin de acabar con aquel Jefe, que tanto les preocupaba y á quien tanto temían.

En efecto, en Diciembre de 1864, se dirigieron sobre Oaxaca tres columnas, la más fuerte al mando del General L'Urbal, las otras salieron directamente de Orizaba y México. La vanguardia avanzó con toda clase de precauciones hasta Etna, pero el Coronel Félix Díaz la batió con su acostumbrado denuedo, derrotándola y poniéndola en precipitada fuga, muriendo en este hecho de armas el Conde de Loire y otros oficiales; sin embargo, la marcha del enemigo continuó ade-

lante con el grueso de sus fuerzas, disputando á nuestras tropas las posiciones que ocupaban en la Hacienda de Aguilera, y aunque el Coronel Carbó fué desalojado de ella, el mismo Coronel Díaz la recuperó á fuerza de valor y arrojo en el asalto que dispuso sobre dicha posición, lo cual contuvo á los franceses en su avance.

En vista de estos resultados, que siempre exasperaban á los invasores, el mismo Bazaine se resolvió á tomar el mando de las fuerzas expedicionarias contra Oaxaca; con este motivo, debía llegar hasta el cuartel general de ellas, custodiado por una fuerza limitada, de lo cual tuvo noticia el General Díaz, quien al efecto comisionó á su hermano Don Félix para intentar con una fuerza de caballería la captura del Jefe francés, empresa de suyo azas dificultosa y arriesgada, que él aceptó con entusiasmo; por desgracia, una parte de las tropas que le acompañaba en esta expedición, mandada por un jefe de poco temple y la deserción de las que éste mandaba, malogró aquella empresa que tan trascendental y tan ruidosa hubiera sido coronada del éxito que se había procurado.

Bazaine comenzó sus operaciones estableciendo su Cuartel general en la Hacienda Blanca, y ordenó á mediados de Enero de 1865 estrechar el sitio de Oaxaca, á cuyo efecto, destacó sobre la plaza 12,000 franceses y 6,000 hombres de las fuerzas del país que se le habían incorporado, llevando además cuarenta piezas de artillería, mientras que el General Díaz sólo contaba con 3,000 hombres de fuerza regular y alguna tropa más, aunque bisona y colecticia, que muy poco podría ayudarle en campaña. Ante esta notabilísima desproporción no era posible esperar el éxito en la defensa; sin embargo, para no hacer más extenso nuestro relato, diremos á fuer de escritores verídicos, que en el sitio de Oaxaca, desplegó el General Díaz el mismo valor é igual denuedo, que tantas glorias le valieran en el sitio de Puebla y que tan justamente habían afirmado en la nación su fama militar. Por último,

después de haber consumido en el sitio todo su parque y sus recursos para el sostenimiento de sus tropas, cansadas de tan repetidos encuentros, sin fruto para la causa nacional, y cuando la desertión se manifestó con caracteres alarmantes, apremiado por las circunstancias que era imposible detener, sabiendo que la plaza debía ser asaltada de un momento á otro, dispuso la capitulación presentándose con dos oficiales de graduación á Bazaine á quien dijo:

“No le proporcionaré á usted una victoria final; la ciudad hubiera sucumbido al primer ataque, porque no tiene defensores. Yo soy el único responsable de la resistencia que se ha hecho, y estoy á la disposición de usted, pidiendo sólo la debida consideración para mis valientes compañeros y mi ciudad natal.”

Bazaine le contestó con marcadas muestras de consideración y respeto, lo que sigue:

“Cediendo antes, tal vez se hubiera usted puesto bien con el gobierno, librándose del cargo de alta traición á su soberano.”

“Nunca he tenido soberano, contestó el General Díaz con noble orgullo, y siempre seré enemigo de los enemigos de mi patria.”

“Podrá ser, replicó Bazaine, pero recuerde usted que ha faltado á su palabra dada en Puebla.”

“Es falso, exclamó el General Díaz, levantándose con marcadas muestras de altivez, dando término á esta conferencia con la siguiente frase: jamás he faltado á mi palabra.”

Los oficiales prisioneros y el General Díaz fueron conducidos á Puebla, siendo considerado el jefe republicano por los franceses con la deferencia que le era debida por su valor y su alta gerarquía militar; pero al llegar á dicha ciudad, se obligó con amenazas á los jefes y oficiales detenidos á que firmaran una protesta de permanecer neutrales durante la guerra, porque sólo así podrían obtener su libertad; el Gene-

ral Díaz á quien siguieron el Lic. Castellanos Sánchez y el Capitán Reguera, se negaron terminantemente á firmar, por cuyo motivo volvieron á su prisión; así él se reservaba al través de estos sufrimientos y de tantas penalidades, dedicar su vida, como siempre, á la salvación de la patria, la que tanto necesitaba sus importantes servicios, en una época en que comenzaban á flaquear algunos jefes mexicanos, alucinados por los triunfos que habían alcanzado los enemigos de nuestra nacionalidad.

Rigurosamente vigilado en su prisión y trasladado el General Díaz, para mayor seguridad de sus guardianes, de Loreto al convento de la Concepción, siempre estuvo alerta con el fin de lograr su libertad, en combinación con algunos de sus amigos de Puebla, en donde era tan querido, porque sabía atraerse las simpatías de todo aquel que le trataba. El jefe de la Plaza, el Conde de Thoun, habiendo salido á una expedición, dió el mando de la plaza al Barón de Chismandie, que había concebido vivas simpatías por el General Díaz á quien trataba con tal deferencia, que comunmente le invitaba á pasearse con él, atención que al fin rehusó el Jefe republicano para que no se sospechara que podía llegar á una inteligencia con los invasores; sin embargo, el jefe francés, le ofreció mayor libertad si se comprometía, privadamente con él, á no quebrantar su prisión; pero el General Díaz le contestó tomando la actitud del patriota y del hombre de honor: “Mi palabra dada privadamente me liga tanto como una promesa pública, y yo no puedo renunciar á aprovecharme de algún incidente favorable que pueda presentármeme.” El jefe francés repuso: “No obstante, usted es caballero y amigo mío y puede salir de su prisión durante el día, volviendo al toque de retreta. Si usted me compromete, tendré que sufrir las consecuencias.” El General Díaz consintió hasta el regreso del General Thoun, quien arribó á Puebla muy maltrecho y derrotado en su expedición.

En efecto, el General Lucas le había batido con éxito, haciéndole regular número de prisioneros; Thoun pretendió que el General Díaz escribiera al jefe mexicano con el fin de que fueran considerados los que habían caído en su poder en el hecho de armas referido, pero en caso de negarse, usaría con él de represalias; el General Díaz le contestó con toda entereza é indignado, que no daría orden alguna en favor de los traidores á su patria. Entonces el jefe francés trasladó á un cuartel al jefe republicano, ordenando que se le tratara con la mayor severidad. Cierto es que estos tratamientos no le arredraron en sus propósitos, y de acuerdo nuevamente con sus amigos, expuesto á innumerables riesgos y aun á perder la vida, logró al fin por medio de un cable, escalar descalzo los altos muros de su prisión, la noche del 20 de Septiembre de 1865, y descolgarse por el muro exterior hasta llegar á la calle, en donde sus amigos le esperaban con los brazos abiertos. En su prisión dejó dos cartas, una para el Conde de Thoun emplazándole para el campo de batalla, y otra dirigida al Barón de Chismandie, dándole las más expresivas gracias por las demostraciones de consideración que de él había recibido. Acto continuo el General Díaz salió de la población, montó á caballo, y sin dar tregua á su marcha tomó el rumbo del Sur de Puebla; como era de esperarse, al día siguiente, numerosas partidas de tropas enemigas salieron en su persecución, ofreciéndose una fuerte suma por su captura y entrega vivo ó muerto; este hecho encuadraba muy bien en el odioso decreto del 3 de Octubre, que fué impiamente aplicado á tantos mexicanos, quienes por defender la integridad de su patria habían sido inmolados en los patíbulos por tropas europeas que venían á México ostentando una avanzada civilización, que trocaron con sus actos en la más odiosa barbarie.

* * *

La desaparición del General Díaz de los campos de batalla, presa del infortunio en los meses en que había permanecido en su prisión, determinó en el país un avance de importancia notoria en los triunfos obtenidos por los imperialistas, que adueñados del territorio nacional y, triste es decirlo, sólo quedaba como débil reflejo de nuestra nacionalidad, la permanencia del Sr. Juárez con el carácter de representante de la legalidad, en un extremo solitario de nuestra frontera del Norte; por consiguiente, el desaliento había cundido de tal manera entre los patriotas, que hasta algunos jefes de notoria celebridad por su firme actitud ante el invasor, se habían adherido al Imperio ó abandonado el país.

Tal era el desastroso estado de cosas en la República, cuando el General Díaz se evadió de Puebla la noche del 26 de Septiembre, á riesgo de perecer á manos de sus guardianes ó en las de sus perseguidores. Semejante situación, de suyo desesperada, hubiera hecho vacilar á cualquier otro jefe, pero él había jurado sacrificar su vida por la patria, y este noble sentimiento le dió como siempre los mismos bríos y le lanzó de nuevo á la lucha en tan aciagas circunstancias. En efecto, tenía que comenzar por la organización de un cuerpo de tropas para reanudar la resistencia que entonces debía ser desesperada, porque había que arrebatarse palmo á palmo á los invasores el territorio nacional, que en casi toda su extensión permanecía bajo su yugo, y á mayor abundamiento, para llevar á cabo este movimiento inicial, no existían armas, municiones ni pertrechos de guerra, finalmente, ninguna clase de recursos; por consiguiente, él debía crearlo y organizarlo todo para lanzarse de nuevo á una lucha desesperada, entonces tal vez sin éxito, y en la que solamente tenía en perspectiva la derrota ó la

muerte; pero nada le arredra, sin embargo, y comienza, en sus primeros pasos, buscando el auxilio de un patriota amigo, el Coronel Bernardo García, que vivía en un pueblo situado al Sur de Puebla, quien le informó del deplorable estado que guardaba la causa republicana, lo cual no le hizo vacilar en sus patrióticos propósitos; y recibiendo una pequeña fuerza de dicho jefe, cae sobre una población en que acampaban los imperialistas, los derrota y la ocupa.

Al saber Visoso esta noticia, sale á su encuentro con quinientos hombres, pero reforzado el General Díaz con las partidas del Coronel Segura y el Mayor Cano, se anticipa al enemigo, y sin sospecharlo cae sobre él y le derrota también, haciéndole cuarenta muertos y un número considerable de prisioneros. En seguida pasa al Sur á conferenciar con varios jefes para proporcionarse armas de que carecía, habiendo conseguido muy pocas, pero le pudieron facilitar 150 hombres que, unidos á la fuerza que llevaba, se atrevió á atacar con ella una columna de austriacos é imperialistas que se componía de más de 700 hombres. Como eran tan limitadas sus fuerzas, procuró levantar el espíritu público en las poblaciones de su tránsito, y aunque en efecto le siguieron algunos voluntarios, fueron tan poco aptos para la guerra, que en realidad presentaban un espectáculo poco consolador aquellos soldados que habían convertido en armas sus instrumentos de labranza, con los cuales trataba de combatir á los soldados veteranos la intervención francesa; y sin embargo, estos mismos soldados, ante una demostración hábilmente combinada por el General Díaz, desalojaron á Tixtla, retirándose violentamente á Izúcar, sin combatir.

Obtenida esta victoria sin efusión de sangre, licenció á las fuerzas mal armadas que le seguían, y se propuso dar un golpe de mano al jefe imperialista Visoso, quien se aprestaba también, por su parte, á vengar el último descalabro sufrido, á cuyo efecto, consiguió los auxilios necesarios, con los

cuales se dirigió al pueblo de Comitilpa para salir al encuentro del General Díaz, que se le adelantó, rompiendo el fuego sobre dicha plaza, con parte de su fuerza, emboscando el grueso de ella en ambos lados del camino; el ataque fué vigorosamente resistido por Visoso, pero el General Díaz, simulando una retirada, los atrae á la emboscada que había preparado de antemano, de la cual salen de improviso sus tropas y hacen un fuego convergente y mortífero sobre el enemigo que, batido también por su frente, huye en precipitada fuga, después de haber dejado en su derrota más de cien muertos, mayor número de prisioneros, armas y una caja conteniendo dinero en efectivo. Este nuevo desastre dejó á Visoso muy mal parado con sus jefes, ante quienes había sido acusado; pero conociendo su situación, y á instancias de un patriota, se sometió incondicionalmente al General Díaz, logrando que una fuerza imperialista se pasara á la causa nacional, por la cual combatió desde entonces, con lealtad y con adhesión.

Los triunfos alcanzados por el General Díaz, en el apogeo del poder imperial, volvieron á llamar vivamente la atención del elemento militar, á cuyo efecto se dió orden para que una fuerte columna al mando del jefe imperialista J. J. Ortega, saliera con el fin de batir al Jefe republicano, y terminar de una vez con él y con aquella tenaz resistencia, que ya era inaguantable para los invasores y sus aliados. La fuerza enemiga no pudo lograr su intento, porque el General Díaz, teniendo en cuenta la inferioridad de sus tropas, en número, en armas y en recursos, se retiró después de haber hecho sufrir perjuicios de consideración á la vanguardia de Ortega; pero volvió á su encuentro á los pocos días, logrando derrotarle en Pinotepa, persiguiéndole hasta Zolomecal en la región central del mismo Oaxaca; luego guardó una posición de expectativa armada, porque creía que pronto debían llegar mejores tiempos para la patria; en efecto,